

Lewis, Sophie, *Abolish the Family*, Londres, Verso Books, 2022, 122 pp.

Abolish the Family [abolida la familia] es la incendiaria consigna con la que la pensadora transfeminista y socialista Sophie Lewis titula su último ensayo. Tras la publicación del también controvertido *Otra subrogación es posible* (2019), la hija bastarda intelectual y *queer* de Shulamith Firestone ha regresado dispuesta a derribar el teatro edípico de la sociedad capitalista desde sus cimientos. Para tal fin, Lewis organiza un desfile de genealogías radicales en el que se dan cita filosofías políticas, experimentos revolucionarios, diversas tradiciones militantes y prácticas de resistencia en torno a comunidades oprimidas, que le asisten en la ardua tarea conceptual y libidinal de trazar el horizonte de la abolición de la familia, de imaginar, en última instancia, una vida más allá de los parentescos conocidos. La noción de “abolición” ha alcanzado una popularidad sin precedentes a partir del asesinato racista de George Floyd en primavera de 2020, acompañando una estrategia política de imaginación crítica y antipunitiva orientada hacia la construcción colectiva de un mundo donde se materialice la contingencia de las prisiones, los cuerpos policiales y otras instituciones burguesas que respondan a la racionalidad penal. En esta línea, Lewis nos invita a incluir la familia en el retablo de instituciones capitalistas a ser radicalmente superadas, reescribiendo, sin embargo, una lectura vetusta del concepto de abolición: la *Aufhebung* hegeliana –ulteriormente central para el materialismo dialéctico. Así, la acción de abolir, entendida –en su interpretación marxiana, y a la que Lewis superpone las reflexiones de Ruth Wilson Gilmore– como una “superación positiva”, permite a la autora aunar en un mismo concepto cuatro procesos sociales simultáneos: “elevar, destruir, preservar y transformar radicalmente, todo al mismo tiempo”,¹ una labor eminentemente creadora.

Pero ¿por qué iba a querer alguien abolir la familia, por qué –escribe la autora con sorna– ahora la izquierda intenta arrebatarlos a nuestra abuela? Esta pregunta parece tan pertinente como lógica cuando alguien escucha por primera vez *la infame proposición de los comunistas* que, ya en 1848, hacía encender hasta a los más radicales². Afortunadamente, Lewis nos proporciona en los dos primeros capítulos con un arsenal de respuestas en aras de ahuyentar los miedos y activar el deseo de ser “rehechos”. No debe temer, serena la autora, quien crea que en el proceso de abolir la familia quedará desprovisto del amor y los cuidados que, de ser uno afortunado, ha llegado a conocer en los parentescos existentes. Más bien al contrario, la familia no es –dirá Lewis a partir del pensamiento de la feminista marxista Kathi Weeks– sino “el nombre que empleamos para el hecho de que el cuidado se encuentra privatizado en nuestra sociedad:³ “un chantaje que se hace pasar por destino, un contrato ruin disfrazado de necesidad biológica”⁴. Abolir dicha institución, implicaría, por tanto,

¹ 2022: 80.

² En alusión a un pasaje del *Manifiesto Comunista* (1848).

³ 2019: 4.

⁴ P. 9.

la desprivatización del trabajo (feminizado y devaluado o gratuito-naturalizado) del amor. Asimismo, Lewis responde a la tentativa de interpretar el compromiso para con la abolición de la familia como muestra de una ausencia de afecto en el seno de la misma, pues, si entendemos el amor hacia otra persona como “luchar por su autonomía así como por su inmersión en los cuidados, en la medida en que tal abundancia sea posible en un mundo asfixiado por el capital”,⁵ entonces, asevera, “restringir el número de madres (de cualquier género) a las que una criatura tiene acceso, en el nombre de una maternidad «verdadera», no es necesariamente una forma de amor digna de tal nombre”⁶. Por contra, la autora plantea que debería ser “socialismo elemental [...] luchar por un régimen de cohabitación, alimentación colectiva, ocio, cuidado de la dependencia y la infancia” donde, citando las palabras de la socióloga marxista ME O’Brien, que encapsulan como ninguna otra definición el significado de abolir la familia: “ya nadie está unido de forma violenta”⁷. De esta suerte, Lewis nos invita a divisar formas de cuidarnos que devengan prácticas anti-propietarias y *queer*, proponiendo entender dicho término desde un potencial comunista de crítica a las instituciones reproductivas del capitalismo (matrimonio, patriarcado, escuela, policía, etc.), para así comenzar a inventar un amor revolucionario, un –al decir de la pensadora bolchevique Alexandra Kollontai– amor rojo.

En el segundo y más extenso de los capítulos, Lewis nos vuelve sus compañeros de viaje en una excursión vertiginosa a través de una máquina del tiempo, la cual nos sumerge en distintos pasajes hi(r)stóricos (de Europa y Estados Unidos) en los que la abolición de la familia fue tan pensable como deseada. La primera parada de esta expedición arqueológica –en términos foucaultianos– nos lleva hasta el socialismo utópico francés y, en particular, a la “arquitectura del futuro” de Charles Fourier. Conocido por su excéntrica sugerencia de que los mares se convertirían en limonada, es indudable que el proyecto político de Fourier no dejaba de ser un castillo en el aire. No obstante, plantea Mackenzie Wark, “[s]i la mayoría de las filosofías civilizadas son sólo castillos en el aire, ¿por qué no celebrar al menos orgías en su interior?”⁸. Tal es el imaginario que produjo Fourier en torno al *falansterio*. Trazando un orden social “para las mujeres, los ancianos y los pervertidos, todos aquellos despreciados por la civilización”,⁹ el filósofo francés desarrolló una teoría orgiástica proto-queer en la que presagiaba que “el nuevo orden abrirá el camino a asuntos amorosos de tal esplendor y variedad que todos los relatos sentimentales de la civilización no suscitarán más que lástima.”¹⁰ Lewis, refiriendo que los inicios del vocablo *feminismo* son inseparables de la abolición de la familia, el sexo queer y el socialismo, describe en los siguientes términos la vida en el falansterio:

Todo el trabajo está totalmente desprivatizado (las tareas se reparten entre todos los niños y adultos, y se organizan según las “Leyes de la atracción pasional” establecidas por la personalidad humana). El trabajo se transforma así en un arte libidinal, o en un juego gozoso.¹¹

⁵ p. 2.

⁶ p. 2.

⁷ p. 18.

⁸ Wark, M. K. *The Spectacle of Disintegration: Situationist Passages out of the Twentieth Century*. Verso, 2015

⁹ *ib.*

¹⁰ O’Brien, M. E. “Comunizando los cuidados” en Hybris, I. coord (2022). *Las degeneradas trans acaban con la familia* (pp 197-218), Kaótica Libros. Madrid, p. 207

¹¹ p. 39.

La segunda estación del viaje temporal por el abolicionismo nos lleva –y es de justicia que así sea, rompiendo con el legado euroblanco de la crítica a la familia– a las cosmologías indígenas que, como expone la autora, “nunca desarrollaron la forma de propiedad privada «familia», sino que les fue impuesta como parte del proceso de ser disciplinados en el capitalismo”.¹² Por ende, la presencia de valores familistas en los descendientes de pueblos nativos ha de entenderse como la contraparte de –al decir de María Lugones– la desintegración de las formas de parentesco de las poblaciones no blancas en favor de convertir su descendencia humana en mercancía.¹³ En este sentido, propone Lewis, podemos articular la esperanza de que los comunistas, indígenas o no, “avancen juntos hacia un reconocimiento colectivo de este legado de borrado y reinención de parentescos, y desarrollar un lenguaje compartido de la abolición de la familia como imperativo decolonial.”¹⁴

Los siguientes altos en este camino superador de la familia nos conducen a la literatura de los padres del socialismo científico, así como a la primera revolución victoriosa del proletariado, y singularmente, al departamento de mujeres del Partido Bolchevique, la *Zhenotdel*. El *Manifiesto Comunista* (1848) de Karl Marx y Friedrich Engels es, posiblemente, la primera instancia escrita conocida en explicitar el deseo político de *abolir* (con la importancia antedicha del verbo) la familia. En tanto el filósofo germano, expone la autora, plantea que no hay nada inmutablemente *natural* o *innatural* en nosotros, el horizonte comunista posibilita “un deseo de ser completamente rehecho, fuera de la historia familiar burguesa”¹⁵. Este deseo, no obstante, no llegará a desarrollarse en profundidad hasta el triunfo de la Revolución de Octubre, gracias a la pensadora y política revolucionaria Alexandra Kollontai. Dispuesta a llevar a cabo una transformación erótica sin precedentes que comporte la superación de la estructura familiar, Kollontai invitaba en *El comunismo y la familia* (1921) a expandir el amor materno (con el esencialismo de género parejo) a todos los niños de la gran familia proletaria universal, pudiendo así derrocar las formas de amor propietario en pro de una afectividad todavía por construir y liberar, un “Eros alado”. Si bien este ambicioso proyecto de un comunismo libidinal fracasó, Lewis subraya que “su política de liberación sexual proletaria inspiró a millones de seres humanos en todo el mundo y [...] cien años más tarde, su nombre es honrado entre los rojos pro-sexo de todos los confines”.¹⁶ Seguidamente, la autora da un salto de medio siglo para trasladarnos a la emergencia militante de tres alumnas, hay quien añadiría indisciplinadas, del movimiento obrero: el feminismo radical, el liberacionismo gay y el feminismo autónomo marxista. Homenajeando su ópera prima, Lewis nos presenta a una de las figuras más singulares del movimiento feminista del siglo XX, la neoyorkina Shulamith Firestone. La publicación de *La dialéctica del sexo* (1970), nos cuenta la autora, introdujo en el imaginario político del feminismo radical norteamericano “la abolición de la fuerza de trabajo mediante un socialismo cibernético”, así como “la difusión del papel de la maternidad y la crianza de los hijos al conjunto de la sociedad”,¹⁷ siendo el horizonte especulativo de la ectogénesis (úteros artificiales) el atributo más conocido del pensamiento de la

¹² p. 40.

¹³ Lugones, M. Colonialidad y género. *Tabula rasa*, No.9, 73-101, 2008, p. 94.

¹⁴ p. 43.

¹⁵ p. 49.

¹⁶ p. 53.

¹⁷ p. 56.

filósofa. Asimismo, Lewis recupera una reivindicación olvidada de la liberación gay, la cual aspiraba a ampliar la capacidad de maternar a personas de cualquier género. Retomando la tradición de reproducción social trans de la casa STAR, comuna del East Village regentada por activistas transfemeninas de clase obrera que cuidaban de jóvenes refugiadas de la familia heteropatriarcal, así como el deseo expresado por el movimiento de que “cada niño debe ser libre para escoger su propio destino”,¹⁸ Lewis nos recuerda que hubo un tiempo en que el movimiento LGTBI trató de volver la “familia gay” un oxímoron. Oximorónica fue también la consigna de “Salarios para el trabajo doméstico” que pronunciaron numerosas feministas marxistas del autonomismo, destacando entre ellas Leopoldina Fortunati, Mariarosa Dalla Costa, Selma James y Silvia Federici. Dicha campaña, expone la autora, articuló “una huelga planetaria de mujeres, una socialización de los medios de reproducción”¹⁹ y, en tanto denunciaba (y desfetichizaba) las formas en que el amor opera al servicio de la clase dominante, puede ser considerada abolicionista de la familia.

Finalmente, Lewis nos conduce a una floreciente escuela de pensamiento que denomina “marxismo trans del siglo XXI” y en la cual se incluye. Así, la autora plantea que tras un *impasse* de tres décadas en la imaginación abolicionista, las académicas y activistas trans han retomado la conversación sobre la superación de la familia, especialmente a partir de la publicación del manifiesto “Kinderkommunismus”, escrito en 2015 por JJ Gleeson y KD Griffiths. Esta nueva ola abolicionista queer, que la autora acredita en la edición de diversos volúmenes y antologías,²⁰ ha permitido educar “nuestro deseo a través de la especulación concreta sobre las arquitecturas, los retos, los plazos, las infraestructuras y los afectos de la abolición de la familia”.²¹

El último y más breve capítulo del ensayo, el cual Lewis titula estratégicamente “Camaradas contra el parentesco”, interviene como una invitación a comprender que “aquello que hará de nuestras casas un hogar—en un nuevo, común y verdadero sentido de la palabra—es la práctica de una revolución planetaria”²². De esta suerte, la autora nos propone, como un deseo abolicionista final, abandonar la no-contingencia del parentesco—el cual es estructuralmente no elegido—en favor de nuevos lenguajes camaraderiles. En definitiva, Sophie Lewis ha escrito un inspirador *vademecum* queer y comunista para quienes, recogiendo el hilo polimorfo y rojo de la historia, todavía se atreven a soñar con expandir la capacidad de cuidarnos hacia relaciones solo nombrables con “palabras que aún no han sido inventadas”.²³

Ira Terán

¹⁸ p. 64.

¹⁹ p. 67.

²⁰ Entre otros trabajos, la autora referencia el dossier de ME O’Brien “To Abolish the Family”, y las antologías *Transgender Marxism* (ed. Jules Gleeson y Elle O’Rourke), *We Want it All* (ed. Kay Gabriel y Andrea Abi-Karam) y *Las degeneradas trans acaban con la familia* (ed. Ira Hybris).

²¹ Lewis, 2022.: 74.

²² p. 77.

²³ p. 21.